

ÍNDICE

Introducción	3
Reclutas y motines	5
La sociedad militarizada: el ejemplo del «reclutamiento civil» en Grecia	11
10 años del final de la «mili»... ¿o no?	15
Anexo: Carta abierta de soldados griegos	21

Bardo Ediciones, agosto de 2012
bardoediciones.net | bardo@riseup.net

Se permite y se alienta la reproducción total o parcial del contenido de este libreto.

Este libro es gratis para presos, presas y bibliotecas sociales. También se puede descargar en PDF desde la página de la editorial.

INTRODUCCIÓN

En esta época de guerra permanente y militarización profunda de las sociedades en las cuales vivimos, urge la tarea de replantearse los conceptos de «militarismo» y «antimilitarismo», así como los de «guerra» y «paz». En particular, este último concepto resulta ser para mucha gente —por la confusión que crea y por su utilización capilar por parte del Poder— una especie de obstáculo para el desarrollo de unas ideas y prácticas antimilitaristas realmente radicales, realmente revolucionarias.

Estos *cuadernos antimilitaristas* nacen precisamente con la intención de contribuir a la lucha antimilitarista revolucionaria. Nacen a raíz de un vacío que sentimos que se creó poco a poco en el Estado español tras el fin del servicio militar obligatorio; pero nacen también a raíz de unas renovadas ganas de luchar contra lo militar, unas ganas que estamos percibiendo cada vez más tanto en ambientes anarquistas y antiautoritarios como entre otras personas que no hacen parte de éstos.

3

Proyectando hacia el futuro y, antes que nada, hacia el aquí y ahora, la intención es rescatar las luchas antimilitaristas radicales del pasado y del presente, enlazando también con el precioso trabajo que unos pocos individuos y colectivos llevan adelante en estas últimas décadas de desierto, cuando la necesidad de oponerse a lo militar parece no solamente «pasada de moda» sino inútil. Nada más lejos de la realidad, como demuestran los miles de militares en las calles de Italia, el uso de soldados para reprimir revueltas en Francia, la militarización de las fuerzas de policía de las sociedades en las cuales vivimos, el otorgamiento reciente —por medio de leyes— de funciones y poderes de policía a los militares, el uso del aparato bélico en situaciones de «emergencia» (entre ellas las protestas laborales), la divulgación pública de una infinidad de informes oficiales como el *Urban Operations in the Year 2020* de la OTAN, las conferencias internacionales llevadas a cabo en capitales europeas sobre el «combate en núcleos urbanos», los gritos reiterados de políticos y periodistas que llaman para una presencia constante de los soldados en las calles de nuestros barrios contra la criminalidad o el «terrorismo», etcétera.

Los Estados y el capitalismo se fundan y sobreviven gracias a la dominación militar. La democracia —holograma perfeccionado del Capital— es pura guerra, aunque a menudo pueda no parecerlo. Es destrucción camuflada bajo una infinidad de ilusiones, es control y militarización imperialista de todos los aspectos de nuestras existencias, una progresiva conquista de cada rincón de este planeta que se extiende incluso más allá de su atmósfera.

Los *cuadernos antimilitaristas* que inauguramos con este número quieren ser una herramienta —lo más inmediata y directa posible— para el desarrollo de teorías y prácticas contra lo militar y sus aliados, una colección de experiencias, ideas, análisis y propuestas, o unos simples apuntes que puedan contribuir a la contrainformación, la reflexión, el debate y la acción.

Este primer número está centrado en torno a la cuestión del reclutamiento, entendido en su sentido más amplio. El artículo de apertura, «Reclutas y motines», apareció en el primer número (junio de 2011) de *Autodefensa*, boletín del homónimo colectivo anticarcelario anarquista de Gasteiz. El segundo texto analiza el llamado «reclutamiento civil» en Grecia, como ejemplo lampante y extremo, aunque no tan lejano, de lo que realmente es una sociedad democrática: un disfraz para la dictadura militar del capitalismo. El tercer artículo, «10 años del final de la “mili”... ¿o no?», es un texto escrito por el colectivo antimilitarista Gasteizkoak que analiza la sociedad en la cual vivimos, comparándola con el servicio militar obligatorio. En el anexo, para cerrar este primer aporte nuestro en este formato a la crítica de la realidad militarizada, reproducimos una traducción corregida de una carta abierta escrita por soldados griegos durante las revueltas de diciembre de 2008, con la conciencia de que, aunque los contextos sean algo diferentes, la situación en Grecia sea el futuro que probablemente tocará próximamente a una buena parte de Europa y, entre los primeros países, al Estado español.

RECLUTAS Y MOTINES

Han creado compañías separadas para aquellos soldados que rechazan combatir. No es una cosa difícil negarse a participar. Además, si a un soldado le mandan ir a tal o cual sitio, ya ni siquiera tiene que molestarse en rechazar la orden; simplemente coge su ropa y se va a visitar a un amigo a otra base. Las operaciones son cada vez más desarrapadas. Muchos chicos ya ni siquiera llevan sus uniformes. Las guarniciones estadounidenses en las bases más grandes están, en la práctica, desarmadas. Los soldados profesionales nos confiscan nuestras armas y las guardan bajo llave... ha habido unos cuantos episodios de *fragging* en el batallón.

Estas palabras —citadas en su momento por el *New York Times*— fueron enviadas desde la zona de Cu Chi por un militar estadounidense durante los últimos años de la invasión de Vietnam. Desvelan las verdaderas razones detrás del retiro de las fuerzas gringas, como también los motivos prácticos por los cuales se ha ido afirmando en muchas partes del mundo, y especialmente entre los países más ricos, una tendencia al cese del servicio militar obligatorio.

La historia es un listado sin fin de actos de represión y de estrategias de dominación, pero sin fin quizás precisamente porque la dominación y la represión tienen sus límites. Es decir, aunque las personas puedan soportar mucho, muchísimo, tarde o temprano suelen rebelarse. De hecho, mirar la historia desde el punto de vista de la rebeldía (dejando de lado los victimismos que en realidad de poco nos sirven) llega a aportarnos mucho más que la historia oficial. Ese listado infinito de actos represivos y «mejoras» del Sistema dominante es, sin dudas, la causa de la rebeldía, pero también la reacción obligada del Sistema contra ese mismo impulso de libertad de innumerables individuos, un impulso que llega a chocar duramente con el Poder, socavándolo.

Con el fin del servicio militar obligatorio en el Estado español, muchos cantaron y siguen cantando la victoria de la insumisión. Parece que también unos cuantos se abandonaron rápida y directamente a la

paz interior, a un sentimiento de tranquilidad *avestruziana* en la cual lo que aparenta no tocar lo personal ya deja de existir, disolviéndose en un océano de experiencias y emociones vacías denominado «bienestar». Sea como sea, la lucha antimilitarista fue apagándose. Y con ella la crítica, hasta llegar al punto en el cual dentro de esta sociedad resulta casi una locura, por ejemplo, cuestionar las «misiones de paz» o dudar que el ejército sea una honrada «salida laboral». Pero todo esto nos aleja de unas reflexiones muy importantes, entre ellas la siguiente: el abandono español de la obligatoriedad del servicio militar hace parte de una tendencia general presente en la casi totalidad de los países occidentales (y no sólo), pero una tendencia que no encuentra, en cada país, una tendencia paralela de movimientos de insumisión. Para el Poder, obviamente, lo que cuenta es que un pueblo que no tiene ni ciertas armas ni ciertos saberes es, ante todo, un pueblo manso. O por lo menos débil.

6 La guerra imperialista en Vietnam no terminó a raíz de las protestas pacifistas y pacíficas en las calles de las ciudades estadounidenses, como suelen reiterarnos los sacerdotes de la democracia y de la paz social. De hecho, lo que estos personajes siniestros (y en general la cultura dominante) nunca nos querrán enseñar es que, sin quitarles peso a las claras dificultades que los yanquis encontraban enfrentándose a la determinación y enorme fuerza de la guerrilla Viet Cong, el problema más grave al que el gobierno de Washington tuvo que enfrentarse fue el hundimiento de sus propias fuerzas armadas. En realidad, detrás de la fachada de éxitos y concordia patriótica —pero ni siquiera muy por debajo de esta superficie ingeniosamente construida—, durante la época de la invasión de Vietnam las unidades gringas fueron un conjunto de desertiones, motines y sabotajes. Por ejemplo, mientras que en 1970 el ejército de tierra estadounidense ya había tenido 65.643 desertores (equivalente a cuatro divisiones de infantería), la marina yanqui también fue escenario de rechazos de órdenes y víctima de numerosos sabotajes imponentes, como aquel del 10 de julio de 1972, cuando el portaaviones USS Forrestal sufrió un incendio antes de salir del puerto de Norfolk, en Estados Unidos, quedando destrozadas las habitaciones del almirante y el centro de radares, con daños de alrededor de siete millones de dólares y un retraso de más de dos meses.

En Vietnam hubo también (y quizás he aquí lo más curioso de todo) una verdadera plaga de incidentes de *fragging*, lo cual es, como explicó horrorizado el coronel de los Marines estadounidenses Robert D. Heinl Jr. en

un análisis publicado en julio de 1971, «una palabra del argot actual de los soldados en Vietnam, utilizada para hablar del asesinato o intento de asesinato de oficiales de alto y bajo rango que son severos, impopulares o simplemente agresivos». La palabra viene de *fragmentation* (o *frag*) *grenade*, o sea, granada de fragmentación, que fue el arma elegida por muchos para atacar a sus superiores, debido al hecho de que no dejaba pistas respecto al autor del asesinato. Según las claramente moderadas fuentes institucionales, sólo entre los años 1970 y 1971, en Vietnam, hubieron 363 casos de «ataques con artefactos explosivos» por parte de reclutas estadounidenses contra sus oficiales. Eso obviamente sin contabilizar la cantidad de asesinatos y herimientos realizados con armas automáticas, pistolas o cuchillos (que también serían casos de *fragging*) y sin poder tener en cuenta los asesinatos que tuvieron lugar en medio de la jungla, lejos de los ojos y los oídos de la burocracia militar. Es más, las frías tablas de estadísticas no osarían y no sabrían narrar que, muy a menudo, los reclutas juntaban dinero para poner recompensas sobre las cabezas de oficiales específicos a los que querían muertos, normalmente con valores de entre 50 y 1.000 dólares pero llegando en un caso hasta los 10.000 dólares puestos a disposición de quien consiguiera asesinar a Weldon Honeycutt, el teniente coronel que ordenó y dirigió el asalto sangriento a Hamburger Hill, en 1969.

Los efectos de la resistencia llevada a cabo por los reclutas estadounidenses no tardaron en aparecer. Una de las consecuencias más importantes fue que, ya desde el año 1969, el gobierno de Washington empezó a retirar a las tropas de tierra para pasar poco a poco a una guerra desde el aire. Aunque claramente no fue la única causa de la retirada, cabe señalar que, tras la desesperación de no conseguir circunscribir los asesinatos de oficiales y la cotidianidad de los sabotajes, motines y rechazos de misiones de combate (que durante la invasión de Vietnam amenazaban con socavar no solamente a las fuerzas armadas gringas, sino a todo el Sistema estadounidense), el uso de la aviación, con sus ataques a distancia y su tradición de lealtad, conllevaba —según los razonamientos sensatos del Poder— operaciones más seguras en cuanto a bajas y rebeliones entre los militares. Se trataba de minimizar el uso de tropas de tierra para de tal manera poder, por un lado, evitar el efecto social explosivo causado por los miles de soldados que estaban regresando a casa dentro de bolsas de plástico negro y, por otro, desarticular la venganza y la lucha por la supervivencia de los reclutas que, además, ya habían empezado a servir

como ejemplo concreto de rebeldía y ataque al Sistema dentro de las mismas fronteras de Estados Unidos (aunque, claramente, las influencias y los aprendizajes nunca van solamente en una dirección).

Es precisamente por estas razones que durante las últimas décadas hemos presenciado cada vez más bombardeos y relativamente muy pocas incursiones terrestres, como demuestran los ataques actuales a Libia o las guerras en Oriente Medio llevadas a cabo tanto por el Estado de Israel como por los países occidentales. Algo que también queda claro si nos detenemos a reflexionar sobre los bombardeos contra Serbia, que fueron desatados el 24 de marzo de 1999 y duraron diez semanas. Bombardeos que, a pesar de alcanzar solamente 13 tanques serbios y de no conseguir destruir ni una sola batería antiaérea, consistían en: 38.000 misiones de combate de los aviones de la OTAN; el uso de munición con uranio empobrecido y otras armas igualmente nefastas (especialmente contra civiles); la destrucción de ciertas infraestructuras e industrias para causar sufrimiento y contaminación con la intención de punir a la población, destruyendo su territorio y su salud, y doblar más a los civiles que a los militares (ya que los primeros habrían sido seguramente futuros «insurgentes» durante una eventual invasión terrestre); y —¿curiosamente?— ninguna bota de la Alianza Atlántica dentro de las fronteras serbias durante todo el conflicto.

8

Quizás se podría decir con muchísima tranquilidad que el Poder no solamente no es invencible sino que le tiene «miedo» a ciertos tipos de combate. Naturalmente, intenta huir de los enfrentamientos con fuerzas bien armadas y bien entrenadas, pero procura también «mantener a distancia» a aquellas poblaciones que luchan en su propio territorio y que tienen experiencia de guerra o (más bien) de guerrilla, o que simplemente no rechazan estas posibilidades, ya que la cruda realidad bajo la cual son obligadas a vivir no les deja tragar la propaganda occidental de democracia-paz-progreso-civilización. En particular, los opresores se encuentran perdidos en las guerras que ellos mismos en su jerga suelen denominar «asimétricas», o sea, cuando la eterna guerra social se transforma en enfrentamientos armados librados «desde abajo», insurrecciones, ataques de guerrilla sin mediaciones, revueltas populares y luchas donde entre los que se enfrentan al Poder predomina la informalidad y el rechazo del centralismo típico de los Estados y de los aspirantes a dominadores. En otras palabras, los opresores se empantanar cuando los pueblos pierden las ilusiones y las falsas esperanzas y deciden luchar, y

esto no solamente por la naturaleza imprevisible de la guerra de guerrillas en sí, sino también porque las bajas entre las tropas de dominación tarde o temprano acaban desmoralizando y quitando la tontería patriótica a cualquier soldado, o casi... algo que, por lo menos en el pasado, ha llevado a situaciones potencialmente revolucionarias tanto dentro de las mismas fuerzas armadas invasoras como en el frente interno. Y de ahí también —por ejemplo— las retiradas de los yanquis del Líbano en 1983 (tras el ataque con un camión bomba al cuartel de los Marines estadounidenses en Beirut que, de golpe, dejó a 241 soldados tendidos y, al parecer, sin bastantes ganas como para seguir luchando por la expansión del «American way of life») y desde Mogadiscio en 1993 (después de una matanza de soldados de las unidades de élite gringas que se adentraron en una zona urbana demasiado seguros de su «superioridad» tecnológica, militar y/o moral). Estas situaciones, y muchas más, son un peligro para la estabilidad del Sistema y, por lo tanto, el Poder prefiere sacar la corneta y soltar las notas del toque de retirada antes que ver a sus sociedades desmoronarse desde dentro.

No tendría que sorprendernos que los Estados volvieran —después de varios siglos— a profesionalizar las fuerzas armadas con el uso exclusivo de voluntarios y voluntarias (que obviamente pueden, según el punto de vista, parecernos que más o menos tienen el control de sus voluntades cuando deciden alistarse), como también a hiper-profesionalizar la esfera militar a través de la actual abundancia de empresas de mercenarios, conocidas también con la etiqueta «seguridad privada». Así mismo, la robotización de los conflictos y el desarrollo de tecnologías que permiten bombardear y combatir a distancia (¿la verdadera función de los videojuegos?) no son, en realidad, un punto de fuerza del Poder sino la manifestación de sus debilidades. El deseo de llegar a la posibilidad de disparar desde oficinas climatizadas situadas a miles de kilómetros de distancia de las zonas de combate, sin riesgo de bajas (propias) y sin provocar mucho estrés en las cómodas vidas de los soldados virtuales, no es más que un reflejo de los conflictos sociales que surgen «en casa» a raíz de cada guerra y de los numerosos casos de *fragging* que infestaron por ejemplo a las fuerzas armadas estadounidenses en Vietnam (aunque el fenómeno no se circunscribe solamente a ese ejército, ni solamente a ese periodo histórico, ya que han habido incluso unos pocos casos significativos alrededor de la última invasión a Irak, efectuada exclusivamente por tropas «voluntarias»).

Y así, frente a lo existente y reflexionando de manera práctica sobre esta realidad militarizada de la cual nos toca hacer parte, surge una pregunta vital: si el capitalismo y la democracia son guerra y dominación, si vivimos en una sociedad que se basa en la guerra permanente y sobrevive gracias a ella, si estamos invadidos por los voluntarios (con militares y mercenarios tanto en las calles como en las emergencias o huelgas) y, sobre todo, si dentro de este Sistema —queriéndolo o no— somos todos reclutas, entonces ¿cuáles son las herramientas y las opciones de las que disponemos? Es decir, ¿qué podemos hacer para amotinarnos y contribuir al derrumbe definitivo de las fuerzas armadas y del Sistema de dominación del cual éstas hacen parte?

LA SOCIEDAD MILITARIZADA: EL EJEMPLO DEL «RECLUTAMIENTO CIVIL» EN GRECIA

Cuando parece que «todo va bien», cuando la máquina social está caliente y bien engrasada, a veces puede ser fácil olvidarse que estamos viviendo en una sociedad en guerra constante y, por lo tanto, permanente y profundamente militarizada. Al reconocer eso, no se trata simplemente de tomar conciencia de aquellos conflictos *hacia afuera* —aunque éstos también suelen caer rápidamente en el olvido— en los que todos los Estados, grandes y pequeños, participan de una manera u otra, ya sea provocándolos directamente o «arreglándolos» con las varias misiones llamadas «humanitarias» o «de paz». No, aquellos conflictos son solamente una parte de la guerra permanente. Y son, en realidad, quizás una parte bastante más pequeña de lo que podría parecer, porque la verdadera guerra permanente es la guerra social; aquella guerra cotidiana que los Estados hacen predominantemente *hacia dentro*, aquella dominación contra la cual los oprimidos resisten y contraatacan.

Con un poco de interés en mirar más allá de los discursos simplificadores y *buenistas* que acaparan los pensamientos en estas sociedades tan democráticas en las cuales vivimos, a veces hay ciertos acontecimientos, dinámicas, instituciones o leyes que demuestran incluso de forma demasiado clara la omnipresencia de la guerra, la capilaridad de lo militar y la función represora de los ejércitos. Por ejemplo, sin siquiera ir más allá de la península ibérica, hace relativamente poco el Estado español «solucionó» un conflicto laboral con un rápido despliegue de militares: a principios de diciembre de 2010 fue neutralizada la huelga de los controladores aéreos¹ a través de la declaración del estado de alarma y la

1. En realidad, la huelga fue hábilmente provocada por el mismo gobierno español, para poder crear una situación que facilitaba la deslegitimación de los controladores aéreos frente a la opinión pública, la reorganización del sector y, de paso, la creación de un precedente importante en la historia reciente del Estado español: la normalización del uso de los militares frente a cualquier «emergencia».

militarización de los aeropuertos (con la presencia también de la Unidad Militar de Emergencias), obligando a los huelguistas a volver a sus puestos de trabajo. Se utilizó tanto la amenaza de la fuerza militar —llegando a sacar las pistolas en al menos un caso²— como la de procedimientos penales, abinando todo esto con la llegada y la presencia de controladores pertenecientes a la aeronáutica militar, para intentar asegurar el servicio normal en los aeropuertos.

Si bien respecto al Estado español se podrían buscar y seguramente encontrar algunos ejemplos más, quizás es un ejemplo proveniente de Grecia el que esclarece aún más este tipo de militarización de una sociedad entera. El 28 de julio de 2010 el gobierno griego formado por el partido PASOK emanó un decreto de emergencia contra la huelga de camioneros que había empezado el 26 de julio y que ya estaba consiguiendo paralizar el país³. La promulgación del decreto —denominado *politiki epistratefsi*, es decir, «reclutamiento civil» en griego— significó que cada miembro del sector en huelga iba a recibir de ahí a poco una carta exhortándolo a volver a trabajar, una «invitación personal al reclutamiento civil». Las autoridades locales quedaban encargadas de entregar dicha carta (o de pegar la hoja en la puerta del trabajador y localizarlo a través de la policía si no lo hallaban en su casa) y, desde ese momento, la persona estaría oficial y legalmente avisada. Los que en el momento de la entrega rechazaban la carta tenían que ser detenidos y juzgados. Y a los que no volvían inmediatamente al trabajo —rechazando o no la carta— se les podía confiscar sus camiones (para cubrir las necesidades públicas en colaboración con las empresas petroleras) o retirarles las licencias, con procedimientos penales que, además de provocar una lluvia de multas, podrían incluso llevar a los camioneros huelguistas a la cárcel.

Mientras tanto, a la par de estas medidas represivas contra el sector en huelga, el decreto emergencial también ponía en marcha la utilización de militares para cubrir tareas consideradas vitales para la economía del país. De hecho, cisternas del ejército empezaron inmediatamente a abastecer

12

2. La referencia es a lo sucedido en el aeropuerto de Son Sant Joan, en Palma de Mallorca (véase, por ejemplo, el artículo en <http://www.publico.es/espana/350197/la-guardia-civil-obliga-a-unos-controladores-a-trabajar-a-punta-de-pistola>).

3. De hecho, ya para el cuarto día de la huelga casi toda Grecia se quedó sin combustible.

poco a poco los sitios que se habían quedado sin combustible (o por lo menos aquellos nodos de la red del control social, de los servicios y de la distribución de mercancía considerados como los más importantes para el Estado) y buques de la marina se apresuraron para ayudar a llevar carburante a las islas.

Es más, este decreto de finales de julio de 2010 no fue el primero así que se ponía en práctica en Grecia. De hecho, se apoyó en una ley del año 1974 (emitida antes de la Constitución de 1975 y, por lo tanto, basada en la Constitución de 1952) que dice que un estado de emergencia es toda situación brusca —causada por eventos físicos o de otro tipo, o por las anomalías de cualquier tipo— que tenga como resultado la obstrucción e interrupción de la vida económica y social del país. Desde su aprobación, han habido varios decretos de este tipo a causa de situaciones consideradas como «emergencias», entre las cuales resaltan: en 1979, el reclutamiento de los empleados de los bancos, cuya huelga había «paralizado» el sector bancario; en 1983, el reclutamiento de los conductores de camiones cisterna; en 1986, el reclutamiento de los mecánicos de vuelo de Olympic Airlines, la entonces compañía de bandera griega; en 1994, el reclutamiento de los autobuses de aquellos conductores civiles que habitualmente cooperaban con la Organización del Transporte de Atenas; en 2002, tras los serios problemas causados por el aislamiento de las numerosas islas griegas, el reclutamiento de los portuarios en huelga; en 2006, el reclutamiento de los miembros de la tripulación de todos los barcos, que ya llevaban ocho días en huelga; en 2010, el reclutamiento de los portuarios, de nuevo en huelga; y, en 2011, el reclutamiento de los trabajadores de la limpieza pública, un día antes de la huelga general que tuvo lugar en octubre de ese año.

Como bien se puede apreciar, las dinámicas represivas ligadas al «reclutamiento civil», presentes en la huelga de los camioneros de 2010, no son algo aislado en la historia de Grecia. Y, sin ir más allá de Europa, tampoco son algo de excepcional respecto al resto del continente, como demuestran el ya citado ejemplo español, la ley italiana del año 1990 sobre la *precettazione* o, en Portugal, la ley número 637 de 1974⁴, por mencionar solamente algunos casos. El contexto griego tiene sus particularidades, sin duda, pero es una situación extrema que está pareciendo cada vez menos lejana a la de otros países supuestamente más ricos y más estables, a tal punto que ya para muchas personas es imposible descartar

4. Véase <http://www.eurofound.europa.eu/emire/PORTUGAL/CIVILCONSCRIPTION-PT.htm>

como irreal —con risas de tranquilidad— aquel grito que nos llega desde Grecia: «¡Nuestro presente es vuestro futuro!».

La intervención militar, tanto en aquella parte de la sociedad que errónea y engañosamente es separada de lo militar y denominada «civil» como también de manera específica en relación a los conflictos laborales que de vez en cuando surgen, es algo que nos va a tocar siempre más de cerca. Queda claro que hay que organizarse y actuar contra lo militar y contra esta nueva oleada de militarización que nos azota, actuando en todos los ámbitos de nuestras vidas. Al mismo tiempo, queda aún más claro que las únicas huelgas que pueden existir —y ser dignas de tal nombre— son aquellas salvajes, aquellas huelgas incontrolables y rompedoras que atrancan, sin poder ser recuperadas políticamente, los flujos económicos y la normalidad de estas sociedades, liberándonos del yugo del reclutamiento cotidiano y omnipresente.

10 AÑOS DEL FINAL DE LA «MILI»... ¿O NO?

Una mirada al calendario nos lleva a constatar que son ya 10 los años transcurridos desde que oficialmente se acabó el llamado servicio militar obligatorio. Ello fue posible gracias a tres décadas de cuestionamiento por parte del movimiento antimilitarista (en un muy meritorio trabajo por éste realizado) más un militarismo en mudanza que comenzaba a abogar por el final del modelo de conscripción para apostar por el del ejército profesional.

A 10 años vista, y teniendo en cuenta la afirmación precedente (el propio militarismo no veía con malos ojos el final de la «mili») cabe plantearse una cuestión en principio un tanto absurda: ¿verdaderamente se consiguió acabar con la «mili»? Parece que las evidencias empujan a afirmar que sí sin atisbo de duda: en el Estado español ninguna persona es obligada hoy en día a cumplir un servicio militar. Pero igual conviene rascar un poco más en el asunto para, como ya en aquel entonces se denunciaba desde el antimilitarismo, ver si desde las estructuras de poder que dirigen el (des)orden mundial, más allá de un mero cambio de modelo de ejército, lo que se estaban adoptando era un nuevo modelo de cómo «disciplinar a las masas, especialmente a la juventud, inculcándoles una serie de valores, comportamientos y expectativas vitales»⁵ que les conviertan en la mejor garantía de sustentación y continuación de ese (des)orden mundial que a los grandes poderes económicos, financieros y políticos les interesa mantener.

Visto así, igual ya no está tan claro que la «mili» terminara hace diez años. Porque, salvo las tan honrosas como minoritarias excepciones que siempre ha habido, si observamos nuestra sociedad actual, la gran mayoría de ella está(mos) cumpliendo esas expectativas de los poderosos. Vivimos (si a nuestro día a día se le puede llamar realmente vida) en una sociedad (la nuestra) uniformada, pues es difícil encontrar diferencias notables en el estilo de vida que mantenemos la mayoría de la «clase de

5. Frase muy parecida a las que desde el antimilitarismo utilizábamos para denunciar algunos de los verdaderos objetivos para los que estaba diseñado el servicio militar obligatorio.

tropa», que además somos sometida a toda clase de «ejercicios de maniobras» tan absurdos e ilógicos como los que obligaban a realizar en la «mili».

Pasamos buena parte de nuestra infancia y juventud dedicándonos a estudiar con el objeto de conseguir una titulación que nos permita acceder a un puesto de trabajo... que sabemos que, en la mayoría de los casos no vamos a conseguir, pues como mucho vamos a tener empleos eventuales, pocas veces acordes a la preparación académica en la que hemos derrochado tantos años de lo que podía haber sido Vida (con mayúscula). Es el periodo de disciplinamiento inicial... lo que en la «mili» se llamaba «periodo de campamento». El cebo que se utiliza para ello es un Sistema educativo basado no en el aprendizaje y desarrollo como Personas, sino en una supuesta preparación técnica enfocada a convertirnos en «mano de obra (carne de cañón) disponible». En ello juegan un papel señalado los «valores» de «eficacia, innovación, desarrollo, investigación, tecnificación...» que se impulsan como básicos para las sociedad actual... y que se acompañan de másters, cursos de postgrado y titulaciones varias.

16

Posteriormente llega el «sublime acto de la jura de bandera», que en la mili/sociedad actual tiene lugar cuando accedemos a nuestra primera hipoteca o crédito (para una moto, un coche, una casa...). Es el rito social por el que al igual que en la «mili» un recluta pasaba a ser soldado, nosotras adquirimos nuestra condición de «ser consumista esclavizado», independizándonos de nuestros progenitores para vender nuestra libertad a bancos y entidades financieras, prácticamente de por vida. El mecanismo también es fácil de desentrañar: nuestra *sociedad capitalista desarrollada* se basa en una espiral consumista sin límites (salvo los que le va a poner el propio planeta) que hace del poseer (ya, aquí y ahora), derrochar, tirar para comprar de nuevo... las claves del éxito social. En ello juegan un papel protagonista la publicidad y el marketing... pero también el icono de la «juventud perpetua» que no sólo nos impulsa a disfrazar nuestros cuerpos y actitudes, sino también a desprendernos o alejarnos de todo aquello que parezca viejo y esté a nuestro alrededor... sea persona o cosa.

Tras nuestra orgullosa conversión en soldados/consumidores viene el periodo más sensible: asumir que para lo que se nos prepara es para una guerra (eso que llaman vida) en la que tendremos que participar en largas y duras batallas (vender a diario nuestra fuerza de trabajo e incluso nuestro «tiempo libre» solamente para subsistir) en las que tendremos

que hacer frente a condiciones penosas y desagradables (paro, crisis, recortes sociales). Nos dicen que mejor no pensar en ellas, no comernos el coco ni reflexionar (¿alguien recuerda bibliotecas o salas de estudio en los cuarteles?) y distraernos en la cantina (como hoy en día nos distraen de la reflexión las televisiones, *playstations* o Internet)... y, sobre todo, no protestar, que a quien proteste se le retiran los permisos (se le ejecutan las hipotecas), se le degrada (exclusión social) y se le mete en el calabozo (aumento imparable de la población carcelaria). Para cuando entren las dudas, lo mejor, recurrir a los sagrados símbolos: el Todo por la Patria y la Sagrada Bandera reconvertidas ahora en el Salvador Capitalismo Desarrollado Occidental y su Nuevo Orden Mundial (del que, por cierto, también se cumplen 10 años desde el 11-S).

Y a todo esto, ¿quién es el enemigo contra el que hay que luchar, al que derrotar y exterminar? En realidad nuestro verdadero enemigo son nuestros propios mandos y sus jefes: desde los cabos y sargentos (grandes empresarios y banqueros locales) hasta los capitanes generales (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, G-8) pasando por coroneles, comandantes y demás mandos intermedios (multinacionales, OTAN, Unión Europea, ONU... y evidentemente los partidos políticos que representan sus intereses en las instituciones). Pero, lógicamente, no es eso lo que nos cuentan.

Nos dicen que es un enemigo terrible y desconocido, contra el que hay que estar continuamente alerta, pues ha demostrado que nos puede atacar en cualquier momento y lugar, y que para hacerle frente son necesarios todos los recursos y personas disponibles. Otras veces, cuando son menos sutiles, intentan convencernos de que el enemigo son el resto de culturas y religiones, que están equivocadas y/o atrasadas y que ponen en riesgo la verdadera: la nuestra. Pero si olvidamos su discurso y centramos nuestra atención en los «campos de batalla», podemos darnos cuenta de que hay dos tipos de guerras, y en ambas las víctimas se parecen mucho.

En las «guerras oficiales», cuando son «guerras civiles o internas» las víctimas son a menudo las poblaciones de pueblos y países empobrecidos en las que el tirano de turno apoyado por las potencias mundiales, ha dejado de serles útiles a éstas, y por eso esas mismas potencias alimentan con armas y mercenarios las guerras civiles que hagan posible colocar un nuevo tirano más de su gusto. Las otras «guerras oficiales», esas que nos presentan como «humanitarias», suelen responder a los intereses

geoestratégicos (rutas de paso de petróleo o gas, de acceso a mares...) o al expolio de materias primas que tienen esos países (petróleo, coltán para teléfonos móviles...). Por eso en esos casos las «potencias salvadoras» llegan, imponen a sangre y fuego su «orden»... y se quedan hasta que establecen un protectorado que garantice que les va a suministrar la materia que buscaban. Pero en todos los casos las víctimas son las mismas: poblaciones pobres. Incluso en el bando de las «potencias salvadoras» pues sus tropas están compuestas en su inmensa mayoría por las razas (negros, hispanos, chicanos) y clases sociales más machacadas.

Pero existen otras «guerras no oficiales», que matan y destruyen mucho más que las anteriores. Son las que provoca nuestro actual modo de vida. Se nos llena la boca hablando del «maravilloso mundo capitalista desarrollado en Occidente», y resulta que éste es un modelo absolutamente injusto donde una pequeña minoría vive (vivimos) a costa de empobrecer y explotar a una inmensa mayoría y de expoliar el planeta. Nos han inculcado aspirar a tener lo más posible y cuanto antes, y mientras nosotras derrochamos energías, recursos o alimentos, y malgastamos nuestras vidas en una absurda carrera por conseguir más dinero para poder gastar más, millones de seres en el planeta mueren anualmente de hambre, de sed, de falta de atención sanitaria elemental... carencias todas ellas que podrían cubrirse con una ínfima parte de lo que derrochamos en nuestra loca carrera consumista.

18

Esa dinámica global se reproduce también a pequeña escala en nuestros pueblos y ciudades. Y, sin embargo, la actitud general que se puede observar es la misma: lejos de rebelarnos y resistirnos, solidarizarnos y organizarnos, practicamos el *sálvese quien pueda* y aspiramos a toda costa a ser *cola de león antes que cabeza de ratón*, aunque en esa batalla (que la inmensa mayoría perdemos) tengamos que ir pisoteando y abandonando a cientos de *adversarios* por el camino. Es decir, renunciando a nuestra condición más humana... justo lo que intentaban en los cuarteles para convertir a los jóvenes en soldados.

Vistas así las cosas, parece que se podría afirmar que realmente la «mili» no ha terminado. Simplemente se ha transformado. El Poder ha conseguido hacer tan sutil su control que ya no necesita internarnos durante meses en un recinto donde disciplinarnos y deshumanizarnos lo suficiente como para convertirnos en los peones obedientes y sumisos que necesita para que empleemos nuestras vidas en mantener su «chiringuito». Es más, ha logrado convertir nuestras vidas en un perpetuo servicio obligatorio.

Para recuperar nuestra dimensión humana y aspirar a una vida real y un mundo realmente justo, es necesario poner en marcha de nuevo un movimiento por la abolición de ese servicio obligatorio actual. Si no queremos formar parte de ese «ejército» para el que nos reclutan habrá que plantearse qué hacer. En esa tarea probablemente nos pueda servir la experiencia del movimiento antimilitarista en su oposición a la anterior mili. En primer lugar para recordar que el escaqueo no es una opción válida (más allá de un triste lavado de conciencia personal). Igualmente, para tener en cuenta que la deserción sí es válida como salida personal ante el conflicto, pero que si no es colectiva y organizada no sirve para acabar con la «mili». Por ello la experiencia antimilitarista nos lleva a defender la oportunidad de la insumisión como forma más indicada para poner en cuestión el actual servicio obligatorio hasta conseguir abolirlo. La tarea sin duda será ardua, larga y difícil (se trata nada más y nada menos que de transformar la sociedad), pero tal vez sirva de ánimo el pensar que cuando ahora hace algo más de 30 años unos pocos jóvenes comenzaron a cuestionar públicamente la «mili», fueron considerados unos marcianos por su sociedad... pero a base de argumentación, compromiso e imaginación, lo que parecía imposible, en «sólo» 30 años se consiguió.

19

Colectivo Gasteizkoak

ANEXO: CARTA ABIERTA DE SOLDADOS GRIEGOS⁶

Cientos de soldados declaran:

Nos rehusamos a ser convertidos en una fuerza de terror y represión contra las movilizaciones; apoyamos la lucha de los estudiantes de los institutos, los universitarios y los trabajadores.

Somos soldados provenientes de todas partes de Grecia⁷. Soldados a los que hace muy poco, en La Canea, se nos ordenó lanzarnos —armas en mano— contra los estudiantes universitarios, trabajadores y luchadores del movimiento antimilitarista. Soldados que soportamos el peso de las reformas y de las «preparaciones» del ejército griego. Soldados que vivimos a diario con el acoso ideológico del militarismo, del nacionalismo, de la explotación no-remunerada y de la sumisión a «nuestros superiores».

21

En los cuarteles del ejército en los que servimos, nos enteramos de otro «incidente aislado»: la muerte, causada por el arma de un policía, de un chico de quince años llamado Alexis. Lo oímos en las consignas que pasaron por encima de los muros exteriores de los campamentos como un trueno distante. ¿No fueron también llamadas «incidentes aislados» las muertes, en agosto, de tres colegas nuestros? ¿No se les llamó también «incidentes aislados» a cada una de las muertes de los 42 soldados fallecidos en los últimos tres años y medio?

Vimos que Atenas, Tesalónica y un número creciente de ciudades en Grecia se convirtieron en terrenos de agitación social, ámbitos en los

6. Escrita por soldados griegos anónimos y publicada 11 días después del comienzo de las revueltas griegas de finales del 2008, las cuales fueron provocadas en Atenas el 6 de diciembre por el asesinato a manos de la policía de Alexandros Grigoropoulos, de 15 años. [Nota de la editorial]

7. Es necesario señalar que en Grecia se encuentra todavía en vigor la conscripción y que ésta afecta a todos los ciudadanos griegos de sexo masculino de entre 18 y 45 años. Existe la posibilidad de hacer un servicio social sustitutivo pero —como suele pasar con estas cosas— con una duración doble respecto al servicio militar. [Nota de la editorial]

que resuena el resentimiento de miles de jóvenes, trabajadores y desempleados.

Eso mientras nosotros estamos aquí, vestidos con los uniformes del ejército y «ropa de trabajo», haciendo guardia en los cuarteles o haciendo mandados, haciendo de sirvientes para «nuestros superiores». Hemos vivido —tal y como los han vivido los estudiantes universitarios, los trabajadores y la gente desesperadamente desempleada— sus «tuestos»⁸, su ostracismo, sus «disparos accidentales», sus «rebotes de proyectiles», y también hemos vivido la exasperación causada por la precariedad, la explotación, los despidos y los procedimientos judiciales.

Escuchamos los murmullos y las insinuaciones de los oficiales del ejército, escuchamos las amenazas públicas del Gobierno sobre la imposición de un estado de alarma. Sabemos muy bien lo que eso significa. Lo vivimos a través de una intensificación del trabajo, una extensión en las tareas del ejército, unas condiciones extremas con el dedo en el gatillo.

Ayer recibimos la orden de tener cuidado y de «mantener los ojos abiertos». Nos preguntamos: ¿respecto a quiénes nos ordenáis estar atentos?

Hoy, se nos mandó estar preparados y mantenernos alerta. Nos estamos preguntando: ¿hacia quiénes debemos mantenernos alerta?

Se nos ordenó estar listos para hacer valer el estado de alarma:

- la distribución de armas cargadas a algunas unidades en el Ática⁹, incluso acompañadas por órdenes de utilizarlas contra la población civil en caso de amenaza (por ejemplo, una unidad del ejército en Menidi, situada cerca de los ataques contra la comisaría de policía de Zefyri);
- la distribución de bayonetas a los soldados en Evros¹⁰;

8. Aquí hacen referencia a un hecho en el que un estudiante, Augoustinos Dimitriou, es detenido y golpeado por un grupo de policías (de paisano) después de una manifestación en Tesalónica, en 2006. En un vídeo (véase <http://www.youtube.com/watch?v=LgTREWHpsFA&feature=related>) se puede claramente observar que el estudiante es lanzado al suelo por la policía y, además, como lo golpean contra un tiesto que hay en la acera. La policía luego afirmará que las lesiones fueron causados por él mismo, diciendo que éste tropezó con el tiesto en su esfuerzo por evitar a la policía. [*Nota de la editorial*]

9. La península donde se encuentra Atenas. [*Nota de la editorial*]

10. En la frontera con Turquía. [*Nota de la editorial*]

- la intimidación hacia los manifestantes con el desplazamiento de pelotones a campamentos militares periféricos;
- la transferencia de vehículos de la policía, para su protección, a cuarteles de Nauplia-Trípoli-Corinto;
- el «enfrentamiento» por parte del mayor I. Konstantaros en el cuartel de adiestramiento de reclutas en Tebas, respecto a la identificación de soldados hecha por propietarios de tiendas cuya propiedad ha sido dañada;
- la distribución de balas de plástico en el cuartel de adiestramiento de reclutas de Corinto y la orden de disparar contra nuestros conciudadanos si se mueven «de manera amenazante» (¿en contra de quién?);
- el posicionamiento de una unidad especial en el monumento al «Soldado Desconocido» justo frente a los manifestantes el sábado 13 de diciembre, así como el posicionamiento de los soldados del cuartel de adiestramiento de reclutas de Nauplia contra una manifestación de trabajadores;
- amenazar a los ciudadanos con la posibilidad que se traigan unidades de operaciones especiales de Alemania e Italia, en el rol de ejército ocupante, revelando así la verdadera cara antiobrera y autoritaria de la Unión Europea.

23

La policía dispara teniendo como objetivo las revueltas sociales presentes y futuras. Por eso preparan al ejército para que asuma las funciones de una fuerza de policía y a la sociedad para que acepte el regreso a las calles del ejército del totalitarismo reformado. Nos están preparando para oponernos a nuestros amigos, conocidos, hermanos y hermanas. Nos preparan para enfrentarnos a nuestros antiguos y futuros colegas en el trabajo y en los lugares de estudio.

Esta secuencia de medidas demuestra que los líderes del ejército-policía, con la aprobación de Hinofotis¹¹, del cuartel general del ejército, de todo el Gobierno, de los directivos de la Unión Europea, de los *dueños-de-tiendas-como-ciudadanos-furiosos* y de los grupos de extrema derecha, buscan utilizar a las fuerzas armadas como un ejército de ocupación —¿no nos llamáis «cuerpo de paz» cuando nos enviáis al extranjero para hacer exactamente las mismas cosas?— en las ciudades donde nos hemos criado, en los barrios y las calles donde paseamos.

11. Antiguo miembro del ejército, en diciembre de 2008 era viceministro del Interior. [Nota de la editorial]

Los dirigentes políticos y militares olvidan que somos parte de esa misma juventud. Olvidan que somos parte de una juventud que se enfrenta al desierto gris de la realidad dentro y fuera de los cuarteles militares. De una juventud que está furiosa, no sometida, y —más importante aún— sin miedo.

Somos civiles en uniforme.

No aceptaremos ser convertidos en una de las herramientas del miedo que algunos pretenden imponer a la sociedad, como un espantapájaros.

No aceptaremos ser convertidos en una fuerza de represión y terror.

No nos enfrentaremos a la gente con la que compartimos los mismos miedos, necesidades y deseos; el mismo futuro común, los mismos peligros y las mismas esperanzas.

Nos negamos a salir a las calles en nombre de cualquier estado de alarma, contra nuestros hermanos y hermanas.

Como jóvenes en uniforme, expresamos nuestra solidaridad con las personas que están luchando y gritamos que no nos volveremos peones del Estado policial y de la represión estatal. Nosotros nunca nos enfrentaremos a nuestra gente. No permitiremos en los cuerpos del ejército la imposición de una situación que recuerde a los «días del 1967»¹².

24

[sigue un listado de 43 cuarteles esparcidos por toda Grecia, a los cuales pertenecen los soldados signatarios de la carta]

17 de diciembre de 2008

12. La referencia es al golpe de Estado del ejército, del 21 de abril de 1967, que dió lugar a la Dictadura de los Coroneles. [Nota de la editorial]